

## Respuesta a Adriana Alfaro Altamirano

Por Humberto Beck\*

En su reseña a mi libro *The Moment of Rupture*, Adriana Alfaro Altamirano hace referencia a una observación de Patrick Riley cuyo sentido me parece esencial: toda teología es teoría política. La propia autora interpreta la afirmación de Riley para señalar que toda “teología es siempre teología política”. Podríamos agregar que lo inverso también es cierto: toda teoría política implica siempre una teología, en el sentido amplio de una postura respecto a la trascendencia (aun si esta postura es una negación de la posibilidad misma de esa trascendencia). Este juego de relaciones entre lo teológico y lo político ofrece un marco sugerente para pensar el sentido del trabajo filosófico de los autores que son el tema de nuestras respectivas obras: por un lado, Max Scheler y (especialmente) Henri Bergson y, por otro, Ernst Jünger, Ernst Bloch y Walter Benjamin.

Al ser la temporalidad el centro de sus reflexiones, todos estos autores realizan, de modos directos o indirectos, estudios sobre la dimensión teológica de la experiencia política y social en la modernidad. Podríamos decir que, aun en los momentos cuando la referencia a la trascendencia en sus obras no es explícita, estos autores están trabajando a partir de ciertas categorías fundamentales forjadas por la religión. Su pensamiento se mueve en espacios cuya estructura conceptual es una herencia de una visión religiosa del mundo. Hans Blumenberg se ha referido a esta condición del pensamiento moderno en su obra *La legitimación de la edad moderna* (Pre-Textos, 2008). No se trata, para Blumenberg, de que en la modernidad haya contenidos religiosos “secularizados”, sino de la persistencia de categorías mentales y culturales moldeadas por la religión.

El centro unificador de estas categorías es, en buena medida, la experiencia de la temporalidad. Tras los procesos de racionalización social y del “desencantamiento del mundo”, esta experiencia se volvió decisiva, una suerte de misterio del pensamiento. Si antes, en el contexto simbólico de un mundo “encantado” por la fe religiosa, los momentos de ruptura y discontinuidad —como lo es eminentemente la muerte— podían ser subsumidos en un universo de significados totalizadores, ahora, en el mundo desencantado, esos momentos se nos aparecen desnudos, en toda su brutalidad y su desconcierto. El pensamiento de los autores de la “tríada de Weimar” pretendió construir desde esas ruinas un nuevo sentido de la experiencia y una nueva experiencia del sentido.

---

\* **Humberto Beck** es profesor-Investigador del Centro de Estudios Internacionales del El Colegio de México. Carretera Picacho-Ajusto 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Tlalpan, Ciudad de México. Tel: 56 1123 1537. Correo-e: hbeck@colmex.mx. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3393-6262>.

Recibido el 4 de julio de 2024 y aceptado para su publicación el 9 de agosto de 2024.

El centro de gravedad de estos intentos por parte de Jünger, Bloch y Benjamin de reconstruir el sentido y la experiencia en la modernidad fue, como bien señala Alfaro Altamirano, la tecnología. Las discusiones sobre las relaciones entre la experiencia del tiempo y la significación existencial características de la modernidad desde Hobbes y Maquiavelo adquirieron una nueva escala y profundidad con la llegada, a principios del siglo xx, de una ola de nuevas tecnologías que revolucionaron la manera de relacionarnos con el tiempo: desde el telégrafo y el automóvil hasta el cine y la fotografía.

En términos de la reflexión cultural, estos desarrollos supusieron una agudización sin precedentes de los debates sobre la teología política del tiempo. Si, como señala Alfaro Altamirano, para Bergson el cine y la fotografía constituyeron ejemplos de los errores y distorsiones del carácter profundo de nuestra experiencia temporal, para Benjamin o Jünger se trataron de posibles umbrales para avistar la trascendencia, el sentido profundo de nuestra humanidad, y quizás del sentido mismo de la realidad. No es una casualidad que tanto Jünger como Benjamin hubieran sentido una intensa conexión con los postulados del surrealismo, vanguardia que proponía encontrar los destellos de la trascendencia en los detalles más efímeros de la experiencia cotidiana. Para los autores de Weimar, las nuevas tecnologías ofrecían —para utilizar dos términos ultracontemporáneos— la *plataforma* o *interfaz* que podría mediar y facilitar esa experiencia, como antes lo habían sido la mística o la magia.

Sin embargo, a pesar de los intentos por parte de estos autores por desarrollar un nuevo concepto de experiencia a partir de las nuevas condiciones tecnológicas, me sigue pareciendo imprescindible mantener un punto de referencia crítico a la discontinuidad y la interrupción. Este es el punto de vista que ofrece el pensamiento de Henri Bergson y en especial su idea de la experiencia temporal como *duración* (*durée*). El énfasis de Bergson en la continuidad indivisible del flujo de nuestra conciencia es un contrapunto indispensable ante la fragmentación de la experiencia implicada por las tecnologías modernas.

La perspectiva bergsoniana analizada por Alfaro Altamirano se vuelve todavía más relevante en nuestro presente, pues nos encontramos en un nuevo momento de explosión de innovaciones tecnológicas que están revolucionando, una vez más, nuestra noción misma de experiencia. Las tecnologías digitales —dispositivos portátiles, redes sociales, inteligencia artificial— nos prometen ser una extensión de nuestro yo, prótesis ya no sólo de nuestro cuerpo sino de nuestra mente. Pero, al mismo tiempo, están llevando la fragmentación de nuestra conciencia y de nuestra atención, nuestra idea de nosotros mismos en relación con el tiempo y el espacio, a niveles inauditos que equivalen a una pulverización. Ahora más que nunca, la teología del tiempo implícita en las reflexiones de autores como Bergson se torna indispensable. **P<sub>g</sub>**